

Escritor Pedro Lemebel

Chile

En julio de este año, Pedro Lemebel publicará por vez primera en la prestigiosa editorial hispana Anagrama. Es su entrada por la puerta grande en la literatura internacional.

El escritor Pedro Lemebel tuvo que desembarcar a última hora en la Feria del Libro de Guadalajara para que la *gran prensa* nacional lo descubriera en toda su relevancia literaria. Mientras prepara una poco ortodoxa novela de amor entre un joven militante del FPMP y un gay, y no descuida una historia donde cruza homosexualidad e historia judicial, Lemebel admite que se ha instalado en la historia cultural del país desde la posición del equilibrista.

Carolina Ferreira

Conversar con Pedro Lemebel es abrir la puerta a una mente lúcida y juguetona que construye, al tiempo de la conversación, espacios nuevos aportados por su perspectiva sagaz, imprudente, insolente, a ratos escandalosa. Es también su modo de escribir: un recurso que describe como el de un equilibrista que intenta dignificar los entrecomillados adjetivos de "periférico", "marginal", "homosexual" y "polémico".

Para muchos, Lemebel es el narrador actual más importante de Chile. Autor de *La esquina en mi corazón*, *Loco afán*, *Crónicas del sidario*, *De perlas y cicatrices*, y un sinfín de crónicas publicadas en diversos medios, Lemebel asoma al ámbito internacional con su debut, en julio de este año, como autor de la prestigiosa casa editorial española Anagrama.

Lemebel tuvo que ir a última hora a la Feria del Libro de Guadalajara, en noviembre, para que la *gran prensa* nacional lo descubriera después de un extenso tiempo de exclusión de su trabajo.

Hoy, no a dos manos, sino a varias máquinas de escribir, cada una de las cuales contiene un texto en camino, Lemebel ha hecho de su voz ventrílocua el habla del ciudadano marginado. "Voyerista participativo", como él mismo se define, el escenario *bucólico* de su creación es un bloque que asoma a dos calles transitadas en la Panamericana Sur. Mucho ruido y muchas nueces. El barullo ciudadano entra a su obra con la misma intensidad con que entran los personajes de las

calles por las cuales transita desde la emoción, hablándose también de sí y desde sí mismo, sin dejar afuera semáforos, esquinas, pacaterías y anquilosamientos de una sociedad con fobias marcadas. La mayor de ellas, dice Lemebel, es la fobia a lo diferente.

EQUILIBRISTA

-A Pedro Lemebel se lo conoce y presenta a través de una marcada estigmatización, que frivoliza sus contenidos y apuestas. ¿Cómo se siente respecto a eso?

-Yo creo que eso tiene que ver, en parte, con la puesta en escena que yo he hecho de mi vida, de mi biografía y mi obra, porque me encanta como para escenificarla en el medio cultural chileno. A nadie se le olvidan las Yeguas del Apocalipsis. A nadie se le olvidan algunas irrupciones escandalosas que yo he hecho. Pero también, por sobre eso, algunas minorías tienen que pasar por esa irrupción para inscribirse en la historia cultural del país, en el medio pacato, moralista, cagón, por no decir hipócrita, que hace pasar este tipo de tema por esa fanfarria de espectáculo, de frivolidad. Y es una forma de cooptación. Así yo lo entiendo. Quizás yo sea el signo de la cooptación, sobre todo ahora que mis libros se van a publicar afuera, que ya puedo manejar un nombre, en forma tembleque, pero manejo un nombre. Yo creo que estoy al filo de la cooptación. Ese es el riesgo del equilibrista que lleva en sí contenidos, entre comillas, marginales, entre comillas, periféricos, e intenta dignificarlos, más que legalizarlos o adscribirlos a una cultura urbana.

o la historia del país en beige

-¿Por qué no legalizarlos?

-No me interesa la legalización de mis obras. Me interesa seguir trabajando en esta especie de intermedio, esta especie de "entre" por el cual yo hago transitar mis contenidos de lujuria, de deseo, de pasión, de política actuante con el cuerpo. Me interesa seguir trabajando este clandestinaje, ese tiranteo...

-En ese sentido, ¿el medio favorece su mecanismo de equilibrista?

-Quizás en una cultura abierta, plural, donde estén presentes las diversidades, tendría que hacer un giro a lo que escribo. Pero siempre seguiría practicando el tic afectivo con la injusticia, con el débil, con lo que no se dice. Siempre en las sociedades hay algo que no se dice. Yo no espero decirlo todo, acuérdate que yo metaforizo; yo hago una lírica errante de la crónica, pero tampoco lo digo todo.

CRONICA Y REGISTRO

-Esa actitud dubitativa ejerce una presión contradictoria sobre el ejercicio de la crónica. ¿De qué manera logra combinar, en su obra, estos dos ejes?

-Tienes razón. Un cronista registra, fundamentalmente. Registra un paisaje humano, colectivo, social, cultural. Lo que yo he optado por llamar crónica, por ponerle algún nombre, por reconocerlo de alguna manera, linda con la literatura, linda con el re-narrar aquello que está registrado. Y en ese volver a narrar estaría la duda, duda que hace que ese mismo paisaje humano, social o cultural, lo pueda retratar de otra manera y lo pueda, al mismo tiempo, acercar; depende de las intenciones políticas y culturales que tenga. Hay una línea entre la verdad, lo real y la ficción, pero ninguna de esas es tampoco. A lo mejor, entremedio de esos grandes contenidos transita mi crónica, mi visión de mundo o mi esperanza de mundo. Todavía tengo esperanza de mundo.

-¿Qué sentido imprime Lemebel a este juego?

-Nunca juega un papel tan primordial la espontaneidad. No es que yo respire y escriba, como si cantara. Hay, previamente, una construcción cultural, una intención, que no podría exponer así, sencillamente, pero la hay. Las cosas que digo y escribo, a veces resultan bofetadas. En ocasiones hay que ser frontal. A este país le falta decir las cosas por su nombre, como reza el dicho. Por eso evito hablar de la gente en genérico, porque cuando uno habla de la gente está hablando de un mar humano, de un mar sin olas, y en esa totalización no hay nadie. A mí me gusta situar la escritura en individualidades, en sentires, en do-

lores, en alegrías, en pequeños deseos que se corporizan. Y así hablo desde un lugar válido, quizás con esa especie de ventrilocuismo con el cual yo puedo ponerme, absolutamente, en el lugar desde el que necesito hablar, desde su contingencia, desde su pulsión.

-Pero también habla desde su biografía...

-Claro, todo eso reciclado desde mi biografía. También yo conozco esta ciudad y me he hecho parte de ella. Esta ciudad, de alguna manera, me ha dado un lugar. Yo también hablo desde una territorialidad móvil, no fija, pero mal que mal es mi ciudad. Es la primera experiencia de ciudad que yo tengo y esa primera experiencia la voy a llevar a donde vaya. Como dice Durrell, donde vayas vas a tratar de reconstruir los lugares conocidos.

-Sus crónicas son ironías punzantes que cargan contra la convención, el doble estándar, la pacatería, la indolencia y la frivolidad de los chilenos. En el fondo, ¿contra qué?

-Chile es un país beige, que no se atreve a la explosión de los colores. Y no tiene nada que ver con la cordillera gris. Aquí, más que homofobia, más que misoginia, hay fobia por lo diferente. Por eso a mí me gusta ver en los paisajes urbanos de Santiago los punkies con sus crestas de papagayo. Ver una loca evidente, un marica evidente, me da cierta satisfacción. ¡Qué bueno que exista gente diferente que escape al escapulario burgués! Me gusta ver gitanas, hippies...

-Pero en Chile esa diferencia tiene un costo alto.

-El asumir una parte tuya riesgosa evidentemente tiene un costo. Tiene los costos de los gritos en la calle, de las agresiones constantes, de asumirse un pájaro extraño. Pero también tiene ese desdén de mirar a todo el mundo en su homogeneidad globalizada. Una especie de distancia del cotidiano chileno, de ver su real falta, mediocre, cosista, pequeña, pequeña de no tener sueños. Este país sueña muy poco, sueña a crédito, no sueña lo imposible, le falta ese desborde de emoción, de sentido. El sentido aparece absolutamente remarcado de dualidad: bueno-malo, concertacionista-extraconcertacionista, gobiernista-oposición. En esa dualidad omnipotente uno carreteaba esas otras diferencias, esas otras excentricidades. ¿Sí o no?

-¿Sí o no?

-Quizás. ¿Si este país se ha transformado en el tribunal del sí y el no! En la generación a la que yo pertenezco, me encuentro con muy poca gente dada a la aventura de la reflexión, del contradecirse. El resto está en sus pequeñas jaulas de seguridad. En Chile se perdió una constante evolutiva. Todos se quieren



FOTOS : MARCOS RUZ

parecer al otro o al personaje de la televisión. Los medios de comunicación juegan ese papel perverso de mostrar este ideal de silicona para alimentar el deseo fracasado de las masas. Ya no es que los medios mientan. Esa mentira es una verdad instituida, pero parece ser que lo que se propone es que ya que la verdad se fue tan lejos, quedémonos con esta versión de la verdad que es una mentira. Hay un conformismo ciudadano y por ese riel la derecha echó a correr su propaganda, como también por este nacionalismo que se cultivó en los últimos años: Zamorano, el Chino, las poleras con la banderita, la Bolocco. Quien capitalizó todo esto fue la derecha en la imagen de Lavín con su cara de "chileno representativo", con su cara de hostia, moralista, asexuado, neutro, mormón.

¿COMO SE ESCRIBE?

-¿Cómo escribe Pedro Lemebel?

-Es complejo. Hay muchos detonantes y quizás hasta yo ignore cuál es el detonante que al final se produce como obra, pero fundamentalmente es algo que tiene que ver conmigo. Tiene que contagiarme el tema, el personaje, tengo que tener alguna relación afectiva o reactiva con el personaje para que mi escritura sea contundente. Después hago un breve trabajo de investigación, pero no formal ni académico, sino en base a lo que la gente sabe del tema o lo que recuerda, o al recuerdo del recuerdo, como si yo fuera descascarando un poco el sentido del hecho, pero por el cual hago pasar a una serie de testigos, o de espectadores, a la distancia. Hago ese ejercicio de involucrar a terceros, opiniones de terceros. Con todos estos materiales hago una crónica.

-¿Y los tiempos?

-Pareciera que me quedé con esa emergencia de la dictadura o eso se hizo mecanismo en mí. A mí no me resulta

escribir frente a un horizonte marino con la brisa cálida que te mueve el pelo. Me aburre, no me sale nada. He tratado con vista al río, a la cordillera, los pájaros, y no me sale nada. Parece que mi escritura tiene que ver más con la ebullición urbana, con la confrontación. Yo escribo en el balcón de mi departamento, en la Panamericana Sur, y mi bloque da a dos calles que son muy congestionadas de micros, de autos, de semáforos. Yo escribo en medio de ese murmullo, con ese murmullo. En esa máxima de distracción logro una máxima de concentración. Es un ejercicio que pasa por estar como en un tocador, tiene algo de femineidad. Frente a mi máquina de escribir hay un espejo. También pasa por el maquillaje, maquillaje del texto con las palabras. Tiene ese pequeño rito travesti.

-¿Por qué ese tono delirante de sus escritos?

-Es un encabalgamiento constante, de un lirismo desbordado. Tiene que ver con esta especie de ebullición de distintos materiales: biográficos, periodísticos, literarios. Un caldero bullente que está muy en su lógica quebrada, lógica que descubro cuando está escrita. Hay una especie de caos hilvanado que, de alguna manera, se hace presente en mi escritura. Es una forma caótica de representar el tiempo y el mundo que estoy viviendo y representarme a mí mismo al interior. Con la cuestión biográfica me hago emergente. Entonces, soy una especie de voyerista participativo porque miro, pero también estoy participando.

UNA NOVELA HETERODOXA

-Está trabajando en su primer proyecto de novela...

-Se llama *Tengo miedo torero*. Yo quiero que esta historia de amor que voy a contar esté circunscrita al medio social

"A mí me gustaría que el tema de la homosexualidad, de los gay, en este siglo que empieza, no fuera un tema necesario, porque estuviera incorporado en la subjetividad colectiva chilena".

y político nacional, contaminada de otras situaciones contingentes de la historia de Chile. Se desarrolla el año 86, en torno al atentado contra Pinochet. En esa aventura se cruza un gay con un chico del Frente Patriótico Manuel Rodríguez y ahí se produce una ligazón amorosa. Dudé con el título, que se inspira en una canción de Sarita Montiel: "Tengo miedo torero, tengo miedo que en la tarde tu risa flote". Tiene que ver con esa contingencia, frente al peligro del atentado. Es la contraseña que tenían los protagonistas, a través de la que se entendían y se encontraban. Hay una suerte de *amariconar* el militantismo. Es una manera también de hacer circular otros temas de género y hacerlos cruzar con esa actitud aguerrida y con esa acción espectacular que quedó inscrita, con su sombra de duda, como otras cosas espectaculares que pasan en este país.

-Paralelamente está elaborando una recopilación de historias de la homosexualidad en Chile.

-Es parte de la beca Guggenheim. Tiene el carácter de una recopilación. No es la historia homosexual de Chile, no tiene esa grandilocuencia mesiánica. No podría escribir una cosa así. Es simplemente una recopilación de hechos que han cruzado la homosexualidad con la historia judicial de este país. Está rescatado de los procesos culturales. Por eso se llama *Nefando: crónicas de un pecado*. Porque nefando era el nombre que se le daba a la homosexualidad en la Colonia.

-Usted habló de la capacidad de soñar lo imposible. ¿Qué imposible sueña Pedro Lemebel, como autor y como chileno?

-A mí me gustaría que el tema de la homosexualidad, de los gay, en este siglo que empieza, no fuera un tema necesario, porque estuviera incorporado en la subjetividad colectiva chilena, que estuviera incorporado en la educación, por ejemplo. Que fuera parte del zoológico social chileno, que nadie te tuviera que apuntar con el dedo nunca más por ser homosexual, y pensando que, a lo mejor, esa categoría por la que me toca hoy pasar pueda generar otras categorías. No creo en la homosexualidad como un lugar estanco, no creo en un tercer sexo, es una aberración. La homosexualidad en sí misma, como categoría sexual especial, no existe. Existe la sexualidad, el abanico múltiple de sexualidades, donde cada heterosexual tiene una sexualidad diferente y cada homosexual también. Yo creo que lo que hago en mis letras, en mis crónicas, es una forma de construcción cultural, más que una función sexual específica que yo quiera defender o que quiera poner en escena por tozudez de cierto machismo que tenga adentro. Lo que me interesa es poner en escena una construcción cultural diferenciada de los órdenes del poder. Esa construcción cultural zigzagueada, que yo llamo "loca", porque se emparenta con la mujer y con otros perseguidos, otros segregados, la veo como un potenciar otro sueño del mundo, posible, diverso, múltiple.